

EMILIO FRUGONI

OBRAS EN VERSO DEL MISMO AUTOR

De lo más hondo.

El Eterno Cantar.

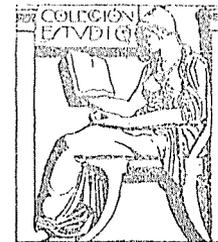
Los Himnos.

EN PREPARACIÓN

Nuevos poemas montevidéanos.

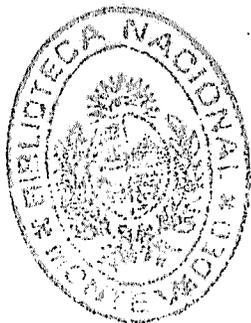
La epopeya vulgar.

POEMAS MONTEVIDEANOS



22.588

Editor:
MAXIMINO GARCIA
SARANDI 477-MONTEVIDEO
1923



DEDICATORIA

A mi madre, que hace pocos meses dejamos allá abajo, en aquel vasto parque del Buceo, descansando bajo las flores, donde no irán a sobresaltarla los ruidos de su ciudad natal, que a menudo la despertaban en la noche con el temor de que le anunciaran algún infortunio de sus hijos... A mi madre, que hubiera leído estos poemas con lágrimas de alegría y de ternura. A mi madre, que no he querido bastante!

PRÓLOGO

Con cuánto amor te canto, Montevideo,
a pesar de lo amarga que haces mi vida. }
Eres en mi existencia llaga y reereo;
herida, y venda y bálsamo de mi herida.

Apuro el dulzor suave de tus sedeñas
horas que se deslizan sin hacer ruido
cuando, de cara al cielo, duermes y sueñas
tu sueño de grandezas jamás cumplido.

Participo de todas las ansiedades
que tu sueño interrumpen y te incorporan
frente al adusto ceño de realidades
que, cuando estás alegre, en tu pecho lloran.

Yo vago por tus calles enamorado
de la azul perspectiva que el mar extiende
cubriéndote de besos todo un costado
que el viento sur castiga y el sol enciende.

Adoro tus graciosas ondulaciones;
y el Cordón y la Aguada suelen tenerme
de explorador en busca de esos rincones
de ciudad africana que al sol se duerme...

Adoro en esos barrios el incorrecto
desorden delicioso de su trazado,
con sus enervadas donde tu aspecto
de ciudad de provincia se ha embalsamado.

Gozo inefablemente cuando me acerco
a esos sitios en donde sostienen riña
el campo que allí queda, perenne y terco,
y la ciudad, intrusa de la campiña.

Me siento un habitante de aquella casa
que entra al campo con aire como indeciso...
o de aquella por sobre la cual rebasa
el campo en el ramaje de un paraíso.

Me encanta aquella casa de un solo plano
que a la ciudad y al campo junta y concilia
con su jardín al fondo donde en verano
se celebran las cenas de la familia...

.....
¡Cómo te amo en la gloria de tus mañanas,
y en tus alucinantes atardeceres,
y en el mudo llamado de tus ventanas,
y en los ojos amigos de tus mujeres!

¡Qué placer si yo fuese como un viajero
que a tus playas desciende sin otro fin
que el de gustar con ánimo placentero
de tu tranquilo encanto de gran jardín!

¡Cómo quisiera entonces poder quedarme
mecido por tus brazos toda la vida,
ciudad de donde el mundo quiere arrojarme
hacia no sé qué playa desconocida!

DEFINICIÓN

La ciudad en que vivo es una gran aldea
con sus casitas chatas de techo de azotea
y su espíritu chato como su arquitectura.
En fin, que tiene el genio igual a la figura.
Sin embargo, su vida no carece de encanto,
el encanto de un sueño quieto, mas no profundo,
al cual llegan afónicos los rumores del mundo...
Su ritmo es cadencioso, lento como el de un canto
de cuna.

Pero aquí gira en tanto
la diabólica rueda de la Fortuna...

EL DOMINGO

Con su magnífico traje de oro
hoy ha llegado el domingo, Manuela.
Péinate bien los copiosos cabellos.
Ponte el vestido de todas las fiestas.

Sal a la calle dejando en la casa
a la gruñona patrona, Manuela,
que ya el domingo con traje de luces
y el primo Eulogio en la calle te esperan...

Te llevarán de la mano a la plaza
e iréis hablando de cosas risueñas;
verás pasar tus amigas riendo
elias también con un primo a la vera.

Te ofrecerán caramelos los chicos
que por la calle y la plaza voccean
su mercancía colgada del cuello
con dos bracitos de cinta de hilera.

Te comprará caramelos tu primo;
se sentarán en un banco muy cerca
uno de otro, mirando a la gente
que por la plaza desfila o pasea.

Contemplan cómo el liliputiense
riper cargado de niños da vueltas,
tras los dos copos de nieve con cuernos
de las redondas y mansas ovejas.

Y soñarás con la gloria inefable
de poseer algún día, Manuela,
un muñequito de carne de rosas
que en el trencito pondrás a dar vueltas;

de transportarlo en tus brazos, y tuyo,
y no como esos que en casa te entregan
para cuidar, y en los brazos rollizos
por ser ajenos, tan sólo, te pesan...

Y luego iréis a tomar el tranvía
para que os lleve en la tarde serena
a la ruidosa alegría del Parque
con su inquietud ordinaria de feria.

Os sentaréis en los bars democráticos
y tomaréis lentamente cerveza
o en la terraza de la vaquería
escucharéis la canción picaresca.

Acaso hagáis un paseo fantástico
encaramados en una cadesa
de las que al son de un mecánico trueno
balanceándose van dando vueltas.

Luego saldréis a mirar el Casino
con su terraza poblada de mesas
y desde donde tras amplios cristales
se ve en la sala danzar las parejas.

Y tomaréis de retorno el tranvía
entre el asalto brutal que le llevan
cientos de mozos alegres y mozas
que allí el cadáver del domingo dejan.

Entre los árboles cual flores de oro
brotan de pronto las luces eléctricas.
Son los innumeros cirios ardientes
del funeral del domingo, que empieza.

Tú volverás con el alma florida,
y al ir tendiendo del amo la mesa,
allá en el Parque Rodó con tu primo
en las calesitas irás dando vueltas...

VIAJE POR LA CIUDAD

LA CALLE EN LA MAÑANA

En esta azul mañana todo nos es amigo:
el sol, la nube, el viento, el extraño que pasa.
La calle está esperándome a la puerta de casa
ante el umbral tendida, al sol, como un mendigo.

Salto más que desciendo la escalera, y abajo
me detengo en la puerta titubeando un instante.
Al encuentro me viene la mañana insinuante;
pero también me aguarda perentorio el trabajo...

La calle me recibe con muestras de alegría,
con la polifonía de sus múltiples voces,
con el agrio rezongo de los autos veloces
y con el campaneó pueril de los tranvías.

Los canillitas pasan con su vivacidad
de pájaros de un ala tan sólo, blanca y negra...
y cuyo grito osado a la inquietud se integra
del alma de la calle con familiaridad.

Ahí viene el verdulero tambaleante en su carro
de dos ruedas que tira un famélico rucio
con las patas muy cortas y torcidas, muy sucio
el pobre, y no tan sólo de suciedad de barro...

Lo detiene en mitad de la cuadra y expide
su pregón familiar que atrae a los umbrales
un revuelo de manos, gritos y delantales
que él como con imperio de dictador preside.

Dispensa con sus manos legumbres y hortalizas
y hasta açaramelados piropos con su boca,
y a veces como haciéndose el descuidado toca
la floridez de algunas parroquianas rollizas...

“Es un fruto rosado la mañana—me digo—
que desdeñar no es lógico cuando nos tienta fresco”...
Un instante indeciso e inmóvil permanezco,
mas la calle me grita: “Ven a pasear conmigo”.

Y allá voy. Sonriente saludo a las vecinas,
compro un diario y lo doblo sin mirarlo siquiera,
acaricio a un chiquillo que corre por la acera
y miro a todos lados en todas las esquinas...

Me prometo un paseo fecundo en impresiones
por la ciudad alegre que el gajo sol corona,
como cuando era niño y hacía la rabona
dándome veinticuatro horas de vacaciones.

Ante mí se prolongan dos hileras iguales
de plátanos copudos que fresca sombra extienden
sobre la acera, en tanto que a los balcones tienden
temblorosas y abiertas sus manos vegetales.

Allá abajo en el término de una calle apacible
se ve la línea intensa y azul del mar en calma
y su visión me pone muy adentro en el alma
el anhelo de un vuelo, o de un viaje imposible...

Sin recelo le muestran al curioso que pasa
las puertas y ventanas de las casas de bajo,
el corazón doméstico, latiendo en el trabajo
cotidiano y monótono de acomodar la casa...

Van pasando los chicos, camino de la escuela,
con un aire que tiene algo de circunspecto,
y me dan tentaciones de traicionar mi aspecto
correcto y proponerles jugar a la *rayuela*.

EL BARRIO POBRE

En un barrio apartado, con terrenos baldíos,
veo el fondo de algunas miserables viviendas
que han sacado a empaparse de sol humildes prendas,
palpitantes entrañas de los cuartos sombríos.

Veo mostrarse a todos, como con impudencia,
 las estancias más íntimas, los sucios corredores
 por los que diligentes cruzan los moradores
 y que las casas suelen ocultar por decencia.

Ver una casa abierta por el fondo equivale
 a descubrirle a un alma cosas que no decía,
 sorprender el reverso de una fisonomía,
 escuchar la palabra que a los labios no sale...

Un terreno baldío... Es como un agujero
 en el traje de casas de la ciudad; por él,
 expuesto a la intemperie, al sol, al aguacero,
 impúdica nos muestra un trozo de su piel.

En él los niños juegan, parásitos divinos
 y le arañan el cutis con los pies y las manos;
 le hacen ronchas de polvo y cual grandes gusanos
 van abriendo en su vello caprichosos caminos...

La calle está empedrada con piedras insensatas
 sobre las cuales brincan las ruedas de los carros
 con infernal estrépito de lluvia de guijarros
 que cayese implacable sobre un techo de latas.

Por las juntas de esas piedras paradójales
 surge el manojito verde de la gramilla fresca
 que es una permanente tentación picaresca
 a establecer los libres potreros comunales...

LA HORA DEL DESCANSO

Mientras voy avanzando y dejo al pensamiento
 fugarse como un pájaro hacia la lejanía
 escala el sol la cuesta azul del firmamento
 y los relojes marcan la hora del mediodía.

Suena el pito en lo alto de vecinas usinas
 y arrojan los porciones bocanadas de obreros
 que apresurados toman distintos derroteros
 hacia el cálido aliento vital de las cocinas.

Las obreritas gárrulas dan un extraordinario
alborozo a la calle con sus voces chillonas
y en algunas sorprende las pupilas búscotas
de la pobre que quiere completar su salario...

No quiero entristecerme; prosigo cabizbajo
sin rumbo, y de repente al doblar una esquina
veo tenderse al frente, trepando la colina,
un tumulto de casas de techo liso y bajo.

Un tranvía que cruza rápido por mi lado
marcha hacia ese horizonte de ladrillo y ventanas.
Diríase que tiene el muy bárbaro ganas
de entrar en una de esas casas por el tejado.

De los zaguanes viene, confiado como un niño,
un olor de guisados que me convida a entrar
y de las chimeneas me sale a saludar
el pañuelo del humo con gesto de cariño...

EL EXPLORADOR DE SU CIUDAD

Sigo sin detenerme, sin apresuramiento
derramando mis ojos sobre todas las cosas,
dejándome llevar por manos bondadosas
e invisibles, latentes en el sol y en el viento...

Voy descubriendo aspectos imprevistos, rincones
ignorados; bellezas disimuladas, y
encantos de caminos vírgenes para mí
que he salido de casa en tren de exploraciones.

Yo soy un incansable y audaz explorador
de mi propia ciudad, y animoso me atrevo
a descubrirle cada día un tesoro nuevo
a la luz—eso sí—de mi rayo interior...

LA CASA DERRUÍDA

Hay allí una casa que el pico derriba.
La han desmantelado y le han dejado afuera
los huesos internos de su calavera,
a la que han quitado la parte de arriba.



Andan los albañiles en torno de ella y son
como grandes insectos blancos que se deslizan
sobre el frío esqueleto mientras lo pulverizan
con sus férreas antenas, zumbando una canción.

LA CASA EN CONSTRUCCIÓN

Luego a una construcción casi concluída arriba.
No tienen los ladrillos revoque todavía,
y es como un cuerpo humano de atlas de anatomía
que sin pellejo exhibe su carne al rojo vivo.

EL MOTORMAN

Y en tanto voy vagando, feliz, a mi albedrío,
de un tranvía que pasa, en el mótorman veo
una expresión tan honda de tristeza y de hastío
que acibara un instante la miel de mi paseo.

Va el hombre cual si fuese adherido a su coche,
siendo del engranaje partícula integral,
condenado a seguir en el día y la noche
el cauce de un camino invariable y fatal.

Le imponen los dos rieles su inerte despotismo
y empuñando en su diestra el timón del tranvía
siente que como un puño la obsesión de la vía
le impide ser el dueño y señor de sí mismo.

¡Qué ruda tiranía la de las materiales
cosas que el hombre crea para hacerlas esclavas!
Ellas en nuestra suerte dominan como bravas
voluntades eternas y sobrenaturales.

Entre ellas como autómata mueve el hombre moderno
su obligatorio paso que extrañas fuerzas guían,
y en tanto que mil ojos vigilantes lo espían,
sueña ser fuerte y libre, bajo un dogal eterno...

El mótorman... un hombre amarrado a un camino
y que se cree no obstante un conductor. Y ¿acaso
yo que llevo a mi antojo por la ciudad el paso
soy por eso más dueño de mi propio destino?...

EL MUNDO

Pero ¡bah! desechemos vanas filosofías
y démonos del todo al placer de mirar
por sobre nuestras incurables melancolías
el paisaje del mundo que se parece al mar.

Se parece en que cambia de aspecto a cada instante
y es, sin embargo, el mismo, el mismo en lo esencial,
con su alma misteriosa y voluble y pujante
y su cuerpo monstruoso, hecho de agua y de sal...

UN ALTO EN EL CAMINO

En una plaza fresca que hospitalaria ofrece
el lomo de sus verdes bancos al caminante,
al amor de los árboles tomo asiento un instante
junto a un viejo mendigo que dormirar parece.

Reanudo mi paseo fingiéndome a mí mismo
el viajero curioso que una desconocida
ciudad va recorriendo, con el alma florida
y toda transparente de una luz de optimismo.

LA TARDE

Desciendo hacia la costa. El día ha madurado
y es ya una tarde de oro viejo con rojas manchas
que cubren una parte del cielo como anchas
hojas de flor de loto sobre un río encantado.

De la jaula de piedra de un colegio se evaden
como pájaros ebrios de gozo los chieucelos
y por mi lado cruzan en vibrantes revuelos
con los que la balsámica paz del ambiente invaden.

La calle con su dulce tranquilidad de aldea
siente, como un hervor de burbujas, la infancia
que corre, salta, grita y también se pelea
y en todo pone una deliciosa inconstancia.

Comienzan a animarse en todas las esquinas
los almacenes donde entre un humo de pitos
parroquianos que beben y disentan a gritos
se sacuden la triste niebla de las usinas.

Van brotando las luces como capullos de oro
ardiente en la penumbra de algunos interiores
y en humildes comercios se ve a los mostradores
y a los escaparates descubrir su tesoro.

Llego a la costa. Un faro su mirada encendida
intermitentemente nos arroja distante.
Es un puño que se abre y se cierra en seguida
y cuando se abre muestra en su palma un diamante...

EL RETORNO

Doy la vuelta hacia el centro. Ya la ciudad fulgura
con sus luces fantásticas en las calles centrales,
sus mágicas vidrieras de suntuosos cristales
y su vegetación de focos en la altura.

La Avenida: Un latido de autos impertinente.
Aceras que se mueven con un ritmo de marcha,
y racimos de focos blancos como la escarcha
que vierten luminoso zumo sobre la gente.

Un café en la Avenida: es un bosque de mesas
donde una multitud rumorosa se agita
mientras que en un tablado ruge, muge y crepita
una banda entre un báquico meneo de cabezas.

Los cines han prendido sus collares de estrellas.
Los restaurantes lucen sus blancos delantales
y las mesas tendidas encienden sus cristales
para que con su sangre los manchen las botellas.

La Plaza Independencia se tiende a nuestro paso.
Es un puente. Lo cruzo y estoy en Sarandí...
En miradas que lucen como estrellas me abraso
y un instante me olvido de todos y de mí ..

Después vuelvo a mi casa donde un calor de afectos
y un perfume de cena vienen a saludarme.
En el umbral me aguardan graves, ceñudos, rectos,
los deberes del día que abandoné al marcharme...

La calle va arropándose en sombras: siente frío.
Se prepara a dormir tendida ante mi puerta.
Dentro de unos instantes quedará como muerta;
y en las profundidades silentes del vacío

yo encenderé mi lámpara, como Dios un lucero.
Y en su maravillosa llama de nieve ardiente
como una mariposa quemaré tesonero
hasta hacerla cenizas, el ala de mi frente . .

LA HORA DEL AMOR

Tus puertas, Montevideo,
y tus pequeños balcones
tendidos a los costados
de tus puertas, en la noche
al terminarse la cena
ritual en los comedores
de las familias metódicas,
florece de caras jóvenes...
Y comienza en ese instante
la hora del amor, que pone
en tu alma un rayo de luna
y un estremecido acorde
de guitarras trashumantes
en manos de trovadores...

Recomienza en tus umbrales
el diálogo monocorde
del amor, bajo el gran zarzo
encendido de la noche.

Paseando por tus calles
 oigo a esas horas el roce
 de los élitros del beso
 vibrando sobre las flores
 de los temblorosos labios
 rojos como corazones...
 Veo pupilas ardientes
 con miradas como voces
 que gritan desde una cárcel
 de cristal ansias y amores.
 Veo manos que se estrechan
 y se ocultan como cómplices
 de un delito silencioso
 renovado cada noche...
 Cierro los ojos y creo
 ver colgar de tus balcones
 como brazos sacudidos
 por frenéticos temblores
 las medioevales escalas
 que usaba el amor de entonces...

Montevideo, te vuelves
 Verona todas las noches.

EL MERCADO

Las huertas vienen desde lejos
 y se colocan a tu entrada
 en fila, sobre sus carros
 que fuertes caballos arrastran.
 Las narices de las bestias
 el cristal del ambiente empañan
 y los grandes carros expanden
 olores de col y albahaca.
 Dijéranse grandes pipas
 que fuman mientras aguardan
 el momento de volcarse
 sobre tu gran mano chata.
 Los quinteros también fuman
 dormitando sobre la carga...
 Han andado toda la noche,
 sobre la carretera blanca
 con un pesado andar de barcos
 a vela en medio de la calma.

El chirrido de las ruedas
 a los perros despertaba
 todo a lo largo del camino;
 y se perdían tras la amarga
 queja errabunda de los ejes,
 en la noche y en la distancia,
 los ladridos encadenados
 de los guardianes de las casas...
 Así han venido desfilando
 las ricas huertas, embarcadas
 en esas naves quejumbrosas
 hasta llegar a tu ensenada.
 Han venido atravesando,
 con su lenta y rítmica marcha,
 la ciudad aún no dormida
 que indiferente las miraba.
 Y en larga fila se pusieron
 aguardando a que se abran
 tus portones para poder
 derramarse sobre tu falda.

Cuando se abren tus portones
 eres un ogro feroz que traga
 desde las tiernas hortalizas

y las dulces frutas rosadas
 hasta los animales muertos
 que te traen desde la Barra
 unos altos vagones rojos,
 rodantes *morgues* de las vacas...

Mas la ciudad viene en seguida
 y de entre los dientes te saca
 las legumbres y las frutas,
 y la carne roja, y la plata
 palpitante de los pescados
 que a ti llegan chorreando agua...
 Los cestos se van cargados
 en los brazos de las fámulas;
 y asomarse vemos con sorna
 por debajo de las tapas,
 las cabezas de las aves;
 el manojo de perfumadas
 lechugas frescas; el pepino
 de color verde esmeralda;
 de los ajíes carmesíes
 la punta encendida y cáustica,
 como si sacase la lengua
 a los curiosos la canasta...

Sobre ti se arroja impaciente
 la gula de la ciudad ávida
 y en un turbión de picotazos
 dispersa tus tibias entrañas...
 Se las lleva por mil caminos
 a las bocas más lejanas
 y en pocas horas te desnuda
 de tu efímera sustancia.

Esos torsos sanguinolentos
 de bestias descuartizadas
 que cuelgan detrás de largos
 mostradores de níveas chapas,
 en cuyo torno se aglomeran
 gesticulan, gritan, se afanan
 los compradores como en una
 ritualidad sangrienta y bárbara;
 esos jamones que del techo
 penden cual gordas peras fantásticas;
 esos salames fastuosos
 que entre una funda de plata
 muestran su rueda variopinta
 tras la luz de una cuchillada,
 y tendidos todo a lo largo,

como cuernos de la abundancia
 van sus discos multicolores
 vomitando sobre las chapas...
 'Esas aves que sobre el mármol
 yacen yertas y desplumadas,
 blancos cadáveres desnudos
 con su color de carne humana;
 esos pescados que retienen
 en el metal de sus escamas
 el reflejo de las arenas
 que las bruñeron bajo el agua;
 las apetitosas verduras
 en los canastos esponjadas
 formando inmensos ramilletes
 que flanquean de verdes manchas
 los senderos por donde un río
 de ruidosos clientes pasa;
 en fin, las frutas deliciosas
 sensuales y perfumadas
 que evocan labios y mejillas
 y senos de mujer blanca,
 —aquí los aterciopelados
 duraznos, y las manzanas
 tan brillantes y pulidas
 que parecen de porcelana;

allá las peras como de esmalte,
de rojo cobre las naranjas—
todas esas riquezas vitales
te serán arrebatadas
a cambio de un mar de monedas
que se despeñará en tus arcas.
Y cuando te quedés vacío,
y el mercader al fin se vaya
a calcular sobre los restos
del festín su ganancia,
desfilarán ante los mudos
mostradores y las montañas
de cajones y de canastos
(que un vestigio tan sólo guardan
del tesoro que contenían:
sus espesas aromas agrias),
errantes sombras ululantes
cuyos gritos oyen las almas.
Son las sombras de los hambrientos
que en la ciudad feroz arrastran
su miseria como una túnica
de la cual todos se apartan.
Son las sombras de los que mueren
de hambre en medio de la abundancia,
mientras tú arrojas al vientre
de la metrópoli tu carga.

Día vendrá en que tu amplio seno
ha de nutrir a cuantos vayan
con el derecho de su vida
y del trabajo que lo exalta,
a reclamar su parte justa
de tus milagrosas entrañas,
que renuevas todos los días
con mitológica constancia,
al abrirse en el cielo pálido
la húmeda flor de la mañana.

y ante leves plantas de mujer se humilla,
y en tanto en sus hombros conduce las naves
de una a la otra orilla.

En ti vive un alma de infinito anhelo,
con varios impulsos, que encanta o aterra...
Tus aguas a veces son color de cielo
y son otras veces de color de tierra.

Unes dos ciudades rivales y hermanas,
hacia donde arriban, de tierras lejanas,
peregrinos ávidos de oro y bienestar
que te ven tan grande como el propio mar.

Cósmica avenida, por ti van y vienen
todos los navíos que cruzan el mar
y a tus puertos llegan y allí se detienen
como aves cansadas de tanto volar;
bareos con su carga de toda riqueza,
envíos de todos los puertos del mundo;
y en otro sentido, la ingente remesa
del campo que besa tu aliento rotundo.

EL PLATA

Río que ciñes a Montevideo
con tu enorme abrazo, palpitante y frío;
oceánico río,
yo crecí escuchando tu hereúleo jadeo*
y lates adentro del corazón mío.
Vaya a donde vaya,
siempre irá conmigo el poderoso canto
que entonas tendiendo de espumas un manto
efímero sobre la arenosa playa.

Río palpitante que ruges y besas,
tus olas lo mismo
arrullan y mecen frágiles bellezas
que levantan naves por sobre el abismo...

Eres un atleta de olímpicos brazos
que ora hace caricias, ora da zarpazos,
que tiene en las playas movimientos suaves

Todas las banderas del mundo tendidas
sobre ti palpitan en constante vuelo
de los oscilantes palos suspendidas
como alas perplejas entre el mar y el cielo.

Buenos Aires vuela en el movable espejo
de tus ondas una visión colosal
y en tus ondas flota con ese reflejo
una imagen de la vida universal.

Sobre la otra orilla, sobre el balanceo
de ondas menos turbias, más hondas y gratas,
se esparce la imagen de Montevideo
con su caserío de casitas chatas.

Y como un coloso de mitología
del cual son las olas la musculatura,
abrazas dos urbes con suave energía
y acercas dos pueblos con mano segura.

¡Oh, fabuloso Río de la Plata!
Ilusión de riqueza
para muchos al fin desvanecida,
en tus costas también circula ingrata
—con todo su dolor y su tristeza—
la vida...

Tú no bañas aún tierras sin amos,
pueblos sin oprimidos ni señores,
esa felicidad con que soñamos
tantos empedernidos soñadores.

Pero tus olas cantan a mi oído
una canción de marejada y viento,
y por ella mecido,
quedo como engrillado por tu acento.

¡Canta, coloso, canta!
Ríe a los pies de tus ondinas locas
y tu espuma frenético levanta
a besarles la llama de sus bocas...

Da tu canción inextinguible al viento,
mientras quedo aguardando en tu ribera
que te adelantes, clamoroso y lento,
a cubrirme como una gran bandera...

VILLA MUÑOZ

Villa Muñoz... De mañana temprano
esparces a los cuatro puntos cardinales
tus hombres, tus mujeres, tus niños... En la mano
llevan las fuerzas materiales
que hacen girar la rueda de la vida.
A esa rueda sujetos,
los aplasta si permanecen quietos;
pero al darle su impulso permanente
triturándolos va implacablemente...

Casas de proletarios;
calles hirviendo en chiecos, que improvisan
varios partidos diarios
de *football* en mitad de las calzadas,
con proyecciones sobre las aceras
y los vidrios de las moradas.



Barrio de costureras
 que trabajan para las roperías
 y abrazando los bultos de ropa
 como las madres conducen sus crías,
 detienen a los tranvías
 para poner su carga en el pescante,
 como si allí de negro amortajado
 dejaran el cadáver de sus días
 muertos, entre monótonos dolores,
 a puñaladas de la aguja,
 espina de sus manos, que cual flores
 secas el puño del trabajo estruja.

Villa Muñoz... Barrio de obreras
 y de empleadas de comercio
 que saltan a los trenes
 ágiles y ligeras,
 y hacen el viaje en pie, en las apreturas
 de las horas de entrada y de salida.
 Villa Muñoz, de ti fluye la vida
 de la ciudad aún casi dormida,
 en el pródigo afán de tus criaturas.

De tarde te devuelven los tranvías
 toda esa carga humana
 de anhelos e inquietudes
 con su palpitación de multitudes,
 que recogió más joven la mañana...

Tras la cena, la calle se transforma
 en abierto salón del vecindario,
 que tiene como norma
 en las noches de estío y primavera
 sacar las sillas a la acera
 y hacer al aire libre el comentario
 de las cosas de casa y las de afuera.
 Mientras para esquivar reconveniones,
 con precaución ladina,
 las muchachas se van hasta la esquina
 de a dos en dos, a hablar con los *dragones*.

Villa Muñoz...
 En la garganta de la urbe tu voz
 es la del pueblo que produce.

Yo la oigo en los mitines callejeros
del primero de Mayo,
o de la huelga general
cuando pasa el clamor de los obreros
en cuyos ojos luce
el fulgor de una llama universal
y con sus voces plenas
entonan "La Internacional"
o el "Hijo del pueblo
te oprimen cadenas"...

Y llega así, con un acento
de justicia y humanidad,
como una ola que impulsa el viento
hasta la Plaza Independencia,
la ruda voz de la conciencia
de la ciudad...

EL MONUMENTO

Un caballo de bronce que desde Europa vino
a clavar sus monstruosos cascos en nuestra tierra,
y va sobre las casas abriéndose camino
con su elástico trote de palafrén de guerra.
Sobre el recio caballo, dominador, erguido,
un "condottiero",
con la frente desnuda al sol, y perseguido
por el silbante lazo del pampero.
Gran impulso de bronce, contenido,
armonioso, pujante,
no inmovilices tu vital latido:
¡Adelante!

LA PLAZA CONSTITUCION

La Catedral estira como antenas
sus torres para ver a la distancia.
Frente a la Catedral luce el Cabildo
su colonial estampa.
(Tras el ancho portak, con movimiento
de lanzadera pasa,
al pie de la escalera majestuosa
el blandengue de guardia).

Entre los dos, el Club ríe en el mármol
y en la línea gentil de su fachada.
Ante ellos, familiar y recogida
entre las cuatro calles que la abrazan,
y como defendida por sus árboles
del ruido y la inquietud que al borde pasan,
su placidez de corazón aldeano
nos ofrece la plaza.

Tiene en el centro una bonita fuente
candorosa y arcaica,
con lujo de *puttini* dedicados
a escupir chorros de agua.
Tiene bancos en donde a todas horas
buenos viejitos charlan.
Y tiene, en fin, un aire íntimo y dulce
y una tranquilidad hospitalaria.

Dijérase que es uno de esos patios,
llenos de luz, de las antiguas casas;
que es el abierto patio de un asilo
en cuyas lozas blancas
se acuesta el sol, como domesticado,
a los pies de los viejos que descansan,
mientras sobre su tibia piel de oro
la caricia del viento juega y pasa...

EL CEMENTERIO CENTRAL

Ciudad de mármol construída
para la vida de la muerte:
por tus caminos va la vida
con silencioso y medroso paso
temiendo acaso
que la muerte se despierte...

Los cipreses piramidales
son como emanaciones espirituales
que de las tumbas se levantan.
Con lentos gestos sacerdotales,
son monjes en los funerales
que eternamente allí se cantan.

Las aves ponen sus inquietudes
entre las ramas y abren sus cantos
como flores sobre los llantos
las losas y los ataúdes.

La vida, así como un rocío,
cae palpitante sobre la muerte;
pero de pronto un viento frío
pasa acallando el garrulerío
con su "chist" imperioso y fuerte.
¡No vaya a ser que en su sombrío
hueco la muerte se despierte!

EL BUCEO

Con tu larga avenida de rígidos cipreses
nos sales al encuentro, insinuante y fatal;
como una ávida sombra te adelantas y creces
de todos los caminos en la etapa final...

Los dos temblantes brazos de tu larga avenida
vienen como a llevarnos para siempre a tu seno,
cogiéndonos de pronto en mitad de la vida
acaso en el minuto de la vida más bueno...

Desde tu fondo elevan su gran clamor lejano
las olas que el pampero casi a tus pies derrama.
Dijérase que el río, con un lamento humano,
por tu boca sombría día y noche nos llama.

En ti asume la muerte por eso una tremenda
voz cósmica que lanza su imprecación perenne
y exige de la vida que escuche y que comprenda
el terrible sentido de su acento solemne...

Yo que tengo a mis padres durmiendo en tu regazo,
también iré a acostarme como el río en tu arena,
cuando esa tu avenida me estreche con su abrazo
fatal e interminable como el de una sirena.

“EL BARRIO INFAME”

Montevideo, tú tienes
 una llaga asquerosa en un costado,
 en ese tu costado luminoso
 que con su gran caricia de agua y cielo
 inacabablemente lame el Río...

Ella despide fétidos humores
 en medio a la apacible
 mediocridad aldeana de tu vida,
 bajo el claro fanal del firmamento,
 bajo el cristal vibrátil de tu atmósfera,
 entre la bonanza de estuario
 de tus días propicios.

Ella irradia sus pútridos olores
 por encima de tus jardines
 —“Montevideo, ciudad de flores”—

por encima de la arboleda
 de tus parques tranquilos — el Prado,
 la Avenida Lezica — y de tus paseos
 urbanos; por sobre las quintas
 maravillosas
 del Paso del Molino y Atahualpa.

Ella arroja sus olas de podredumbre
 a tus playas serenas,
 que son tu encanto y tu orgullo;
 y su hedor cubre el impreciso
 olor del yodo de sus aguas,
 y del salitre de sus rocas
 y del calcio de sus arenas...

Una nube sombría se desprende
 desde esta úlcera infecta
 y el esplendor eclipsa
 de los días gloriosos de tus playas
 que abren la nívea curva de su abrazo
 hacia el Sud y hacia el Este
 como en un perenne llamamiento...

¡Oh exposición mundana de Pocitos
 en la delicia de las tardes cálidas!
 ¡Oh bulliciosa aglomeración de feria
 en la breve "Cony Islam" de Ramírez!
 ¡Oh inolvidable dispersión de ondinas
 en la vasta planicie de Carrasco!...

Esa nube se eierne
 sobre el brillo diabólico
 de tus casinos insensatos,
 donde la rueda de la Fortuna
 gira en torno de un eje inmóvil,
 domesticada, amaestrada
 como un caballo de circo
 corriendo en el picadero...
 Rueda implacable, pasa
 sobre la felicidad y la vida
 de mil y un desgraciados.
 Atropella, derriba, tritura...
 y sigue su marcha de vértigo
 sobre los cadáveres...

Esa nube lo cubre todo.
 Yo la veo ceñir en la altura

todas tus torres; tenderse sobre el Cerro
 con su candorosa fortaleza,
 y envolver las cruces de hierro
 de tu catedral... ¡Es tu aureola!

Montevideo,

tú tienes

un barrio infame,
 tu *suburra* anaerónica
 donde exhibes,
 como un mendigo su muñón,
 el vicio!

II

Es un barrio marítimo,
 donde arrojan el vómito
 de sus apetitos bestiales
 los viajeros de paso;
 los marinos beodos;
 los corredores de comercio
 que vuelven de campaña;
 los comerciantes que llegan
 a hacer sus compras en la urbe;
 los jóvenes divertidos
 con el ansia carnal
 todavía frenética
 y el paladar fácil;
 los estudiantes cuando andan
 de jolgorio nocturno;
 los paisanos que traen
 de la estancia o la chacra
 una ingenua curiosidad
 de placeres urbanos;
 --los troperos con sus altas botas
 y su andar penduleante
 y sus cuerpeadas al hablar

como si estuviesen barajando
 con el facón; los tímidos
 chacareros, que caminan
 como tropezando con los terrenos--
 todos los que necesitan
 desbravar por poco dinero
 su instinto viril, y todos
 los militantes de la crápula
 sexual (los "canfles", los rufianes,
 los "maquereaux"). Mercado
 horrible del placer encanallado;
 feria del vicio genésico;
 "bolgia" de comercio y lujuria;
 ciudad de abominaciones,
 hermana de Sodoma y Gomorra,
 ¿cuándo las llamas bíblicas
 harán de ti un puñado
 de cenizas?

III

Sus casas son hediondos antros
 de mercantil lascivia;
 almacenes de goce bestial,
 con cancelos de vidrios de colores

o puertas con ventanillas
 atisbadoras
 por donde surge obsceno
 el reclamo de las reclusas.
 Conventos son
 de la demoníaca Orden
 de la Prostitución.
 Tras esas puertas transparentes
 aguardan al parroquiano
 lamentables vendedoras de amor,
 pintarrajeadas como payasos;
 algunas, jóvenes, ya estrujadas
 como esponjas en puño de gañanes;
 otras, disimulando
 malamente la edad
 bajo el carmín y el albayalde,
 luciendo todas ellas
 en los labios purpúreos
 risas inconscientes y mecánicas
 como de autómatas con cuerda.
 ¡Son las máquinas de carne y hueso
 de la industria del amor!
 ¡Oh, el horror de esas casas
 y de esas vidas! ¡Oh, el Destino
 de esas esclavas sobre cuyas carnes

circulá el sucio e implacable río
 de la lujuria, que las va arrastrando
 inexorablemente al hospital!

¡Qué enorme conmiseración
 brota hacia ellas de mi corazón!
 Viven en una feria permanente
 en que se exponen como bestias
 para ser alquiladas
 por el vicio impaciente
 y grosero. Una ola
 de concupiscencia brutal
 las envuelve y sacude
 noche y día. Esa ola
 descende, como a un albañal,
 desde los cuatro puntos cardinales
 de la metrópoli. Allí se desagota
 en un perenne remolino
 ruidoso y maloliente
 la inundación de crápula que baja
 de todas las colinas de la urbe.
 Acaso fué por eso
 que se llamó "La Olada"
 a ese barrio afrentoso
 de Recinto y Yermal...

En las esquinas
 sórdidos cafetines
 —donde una concurrencia de “bacones”
 con sus gachos sobre los ojos,
 sus roneas voces y sus quiebros,
 pone una animación algo sombría,—
 arrojan a la calle
 el bostezo del bandoneón...

Igual

a un perro castigado
 que al huir se lamenta,
 de allí se escapa el tango quejumbroso,
 que va a tenderse como un ebrio,
 a la puerta de los lupanares,
 donde rumiando sus pesares
 con laxitud sensual
 torpemente musita:

“Milonguita”,
 los hombres te han hecho mal...”

IV

Montevideo, tú tienes
 una llaga asquerosa en un costado.

MÚSICA EN LA PLAZA

Altos edificios
 en grandes escuadras
 forman las paredes
 rectas de una caja.
 El cielo allá arriba
 le sirve de tapa.
 Dentro—con sus árboles
 y sus verdes palmas,
 y sus bancos donde
 los viejos descansan,
 y el mullido césped
 y la balaustrada
 mirando hacia el norte;
 su escalera blanca
 tendida a la calle
 como una cascada;
 y su cochecito
 de ovejitas blancas;

sus corros de niñas
 que brinean y cantan,
 y en el mismo centro
 la columna blanca
 por una estatuilla
 negra coronada—
 tal como un juguete
 está la plaza.

Hoy es un juguete
 con música. Estalla
 de pronto el metálico
 trueno de una banda.
 Una algarabía
 surge y desparrámase,
 de notas alegres,
 por toda la plaza.
 Son como millares
 de pájaros que andan
 saltando y cantando
 por entre las ramas.

Los sonos rebotan
 dentro de la caja

con una insistente
 y honda resonancia.
 Es la plaza entera
 que vibra y que canta,
 con su almita ingenua
 de niños y viejos,
 en la tarde clara.

La plaza es un ave
 que dentro esa jaula
 de cristal y oro
 que es la tarde plácida,
 con su almita ingenua de niños y viejos
 canta, canta, canta...

EL TRANVIA DEL NORTE

Toda una evocación del tiempo viejo!
 Con trepidar de claudicante
 barraca trashumante,
 al trote desgano de sus fieles
 matungos con collar de cascabeles,
 va sobre las muletas de sus rieles.

En pie sobre el pescante
 el cochero de vez en cuando hostiga
 a los caballos con un latigazo
 que tiene más de abrazo
 que de castigo. El lazo
 flagelador por un instante inquieta
 —pero no mucho— a la trinidad equina.
 Luego, otra vez, el pesenezo declina,
 y vuelve al tranco la pata maceta...

Al llegar a la esquina
 es un pájaro el tren que canta y trina
 con la gangosa voz de una corneta.

Y prosigue su viaje sin premura
 hasta el desvío, donde se apresura...
 a frenar, el cochero;
 y como una barcaza fondeada
 en medio del arroyo, permanece
 en una larga espera amenizada
 por el *tin tin* del "cadenero",
 que sacude el collar cascabelero
 mientras todo el tranvía se adormece...

Se reanuda la marcha, sin premura...
 Pero, de pronto, surge la aventura;
 en el pescante pónese derecho
 el auriga para incitar mejor.
 Llegamos al repecho,
 y se adelanta el cuarteador.
 La casilla rodante da un respingo
 cuando el hombre de lo alto de su pingo

con el arpón la ensarta
y tira de ella tras "la cuarta".
Extienden los pescuezos abatidos,
en un impulso, los matungos flacos,
pero adelantan a muy duras penas,
entre una nube de ruidos
de herraduras y de cadenas,
y una explosión de "tacos"
que saltan como tábanos mordientes
de la boca sin dientes
del conductor, que erguido en el pescante
sacando el busto afuera,
con actitud de olímpico tirano,
extendiendo la diestra hacia adelante,
su látigo restalla a la manera
del manajo de rayos en la mano
de Júpiter tonante!

Después... Se aparta el cuarteador.
Vuelve a sumirse el tren en su pereza
como en su concha el caracol.
Y como el caracol sigue arrastrando
su casita y dejando

detrás de sí, largamente tendidos,
los dos rieles bruñidos
que brillan y semejan
el rastro que los caracoles dejan.

PASO DEL MOLINO

Jardines, jardines... Ensueño y encanto
del romanticismo de los parques viejos,
donde a todas horas se oye como un canto
de trémulas voces que vienen de lejos...

El Pasado alienta bajo aquellas hojas
que renueva el tiempo en la perenne rama,
y hay como un susurro de ocultas congojas
cuando el viento llega y su inquietud derrama.

Mezcla de alegría y de melancolía...
Los bellos jardines suntuosos, en flor,
ponen en los ojos visión de alegría,
pero el alma queda rumiando un dolor,

Es el vago aliento de las viejas cosas
que se han impregnado de nosotros mismos,
en aquellos años de esperanzas mozas,
de amores ardientes y heroicos lirismos,

y que al encontrarlas, tras lo que viajamos,
vamos viendo en ellas cómo se marchita
el alma—nuestra alma—que en ellas dejamos
y es hoy un cadáver que no resucita.

Esas cosas viven a veces lozanas.
Arboles, florecen cada primavera.
Casas, se reforman, y aun lucen ventanas
—claros ojos—donde siempre arde la espera...

Más el alma nuestra que en ellas pusimos,
hoy cuando pasamos nos mira pasar
con extraño rostro, que nunca le vimos,
y un rictus de muerte que mueve a llorar.

¡Oh, qué honda tristeza, vernos a nosotros
mismos contemplándonos desde otra región,
siendo otros por siempre, para siempre otros,
aunque no envejezca nuestro corazón!

Por entre las verjas hacia adentro miro
con una nostalgia incenarrable y honda;
y va hacia la fronda mi alma en un suspiro,
que es ave y se queda cantando en la fronda.

Miro... Por las sendas que cubre el balasto
vienen a mi encuentro las niñas que amé.
Luce en sus pupilas un anhelo casto
y en su piel la seda de las rosas té.

Yo también tras ellas vago por la quinta.
Una flor a Clara y un beso a Leonor...
¿Litigio? Lo transa mi equidad sucinta:
doy el beso a Clara y a Leonor la flor.

¡Oh, el dulce recuerdo de las estivales
noches en que fuimos a soñar y amar
entre un perfumado aliento de rosales
y junto a unos ojos verdes como el mar.

Muchachas parleras iban y venían
llenando de trinos la calle Agraciada;
con sus bellos ojos, ¡cuánta luz ponían
en la acera, entonces mal iluminada!

Eran como flores con alma y con vida
—carne de azucenas, lirios y jazmines—
como encarnaciones del alma evadida
de aquellos profundos y quietos jardines.

Sigo mi camino. Me interno en el Prado.
Cascadas de rosas en la Rosalera.
Luego, el Miguelete, que corre pausado
entre verdes sauces de harta cabellera.

¡Tardes de otros días de descanso y fiesta,
cuando nos reuníamos cerca de la fuente,
a escuchar un poco la voz de la orquesta
y a mirarnos mucho, puestos frente a frente!

Encantos de cosas pasadas y encantos
de bellos jardines jóvenes y actuales,
se funden en uno, como en esos cantos
que aunque son alegres, son sentimentales.

Paso del Molino... Vieja burguesía
que enterró fortunas en el encantado
barrio veraniego de una "Signoria"
con su libro de oro: de oro amonedado.

Tus rejas encierran como prisioneros
que en cantos florecen de vida y salud,
a las viejas quintas de verdes canteros
que están a la orilla de toda inquietud,

.....
¡Paso del Molino! Cuando en mi camino,
cargado de flores te vuelvo a encontrar,
me interno en tus calles como un peregrino,
y frente a tus rejas me pongo a soñar.

EL BAÑO

Hoy he vuelto del baño
con las carnes tostadas por el aire y el sol;
con los cabellos polvoreados de arena.
A mis oídos traigo pegado un caracol
donde la mar resuena
con su perenne arrastre de zumbidos.
Traigo toda la mar en los oídos...

Al salir a la playa,
obstinada la mar me perseguía
con el blanco mordisco de su espuma.
De su seno emergía
desnudándome de agua y arrastrando
detrás de mí girones de la fría
túnica de sus ondas. Cuando
un nuevo paso hacia la orilla daba,
parecía que tras de mí tiraba
de todo el mar que me siguió bramando.

Se desprendía de mis carnes, roto
en gotas que bañaban las arenas
y evaporaba el sol con el castigo
de sus irradiaciones,
inyecciones de vértigo en mis venas;
pero el hecho es que el mar salió conmigo
y aquí lo traigo en las palpitaciones
de mis carnes morenas.

Siento en mis labios el sabor salobre
de sus besos, y sobre
mi piel velluda el enconado diente
del sol; y además siento
rozar la tibia comba de mi frente
el aletazo rítmico del viento.

El mar me ha perseguido con su aliento.
Lo siento a mis cabellos adherido;
de todo el mar se penetró mi vida;
por mi epidermis su contacto pasa,
y siento a ese contacto renacida
mi fuerza espiritual, como una brasa.
Su clamor, su clamor muerde mi oído!...
Es que el mar me ha seguido
como un perro fantástico hasta casa.

SUGESTIONES DE LA CALLE

Es de noche. Las casas de la calle en que vivo
silenciosas y ciegas, me flanquean el paso
como extraños gigantes que me fuesen hostiles.
¿Por qué? ¿Por qué esa insólita expresión de tristeza,
de gravedad adusta que jamás les he visto?
La fría luz de luna de los arcos voltaicos
se estrella en las paredes y se derrama en ellas
cubriéndolas de un pálido y levísimo estuco.
Un manotón del viento hace danzar los focos
y su luz oscilante a las mudas fachadas
abofetea... Lejos, un auto da un gangoso
bufido de bocina. Y atropella las sombras
con el mágico
resplandor de sus dos ojos veloces,
dejando tras su paso una esteira de ruido
que en seguida se apaga... El silencio remonta
como la alta marea y se extiende a distancia

por el cauce profundo de la calle. Contemplo
las persianas herméticas, los balcones curiosos
asomándose cautos sobre el vacío. Las
puertas inhospitalarias...

La vida se ha replegado tras esos altos muros
como el caracol en su concha.

¡Oh, el terrible egoísmo de las casas cerradas
en la noche! No oyen, no ven, no sienten
lo que fuera palpita, o solloza, o se arrastra.

La blancura marmórea de los umbrales tiende
debajo de las puertas una risa sarcástica.

Allí, sobre su duro regazo, los pilluelos
sin pan ni techo, han de poder tenderse
a reposar, mientras el crudo Invierno
los castiga a través de sus harapos.

Esos umbrales son en este instante
toda

la hospitalidad de esas viviendas
para el que pasa... ¿Y luego?

Cuando al volver el día, como brazos
se abran las puertas, ¿brotará del seno
de esas habitaciones claro chorro
de agua samaritana, la fraterna
cordialidad que ansía el extranjero?

O se alzará implacable
 de su interior la sombra
 del egoísmo sin piedad, que tiene
 algo del ángel bíblico
 de flamígera espada,
 guardián incommovible
 del Paraíso Terrenal? ¡Callemos!
 Lo cierto es que de día
 las casas ven, hablan, florecen,
 y arrojan a la calle
 bocanadas de niños y de músicas...
 Un hombre pasa por mi lado. Llega
 frente a una puerta, se detiene y abre.
 La hambrienta boca de la casa muda
 se lo traga y se cierra
 con un sonoro golpe de mandíbula.
 Más allá, muy borracho, otro vecino
 hablando solo y dando cabezadas
 la esquiva cerradura picaea
 con la llave, y sacude los batientes.
 El sereno, que ya lo ha visto, acude
 en su ayuda, y de paso
 prueba la resistencia de las puertas
 con un empujoncito de la mano.

celoso vigilante
 de la fidelidad de los cereados.
 Yo también me dispongo
 a penetrar en mi refugio. Y mientras,
 una ráfaga viene, soplo del mar, palpando
 las puertas, las ventanas,
 con la invisible mano
 de un amante impaciente,
 de un sereno nervioso,
 de un cósmico vecino,
 trasnochador y ebrio,
 que después de vagar hora tras hora
 por lejanos lugares,
 asaltando jardines,
 saltando muros y violando alcobas,
 besando largamente
 muchas ardientes bocas de mujer,
 acariciando senos desnudos y vibrantes
 en las playas remotas,
 despeinando fluviales cabelleras,
 hojeando audaz e impúdico femeninos encajes,
 desbaratando castas vestimentas,
 vuelve, por fin, cayéndose de sueño,
 y urge con la impaciencia de su mano
 las puertas del hogar, puro y tranquilo.

LA VILLA DE LA UNIÓN

Melancólica Unión, puerto y remanso
 de la corriente de la vida urbana,
 donde encuentra el espíritu descanso
 en medio de una dulce paz aldeana.
 Yo amo de tu salud el pulso manso
 y este aroma de hierba mejorana
 que aspiro con fruición mientras avanzo
 al azar de esta calle, en la mañana.
 Entro en tu placidez como en un hondo
 lago impalpable que el cielo refleja
 y mi inquietud espiritual escondo
 en tu alma bondadosamente vieja.
 Esta complicación que está en el fondo
 de mi vida disíbase y aleja
 cuando veo brillar rubio y redondo
 el sol en el confín de la calleja.

A mi paso sonora se levanta
 —en los vulgares y apacibles ruidos
 con que tu vida de villorrio canta—
 la voz de tu pasado en mis oídos.
 Toda tu historia entonces se adelanta
 como en una ilusión de mis sentidos
 y me transporta hacia los tiempos idos
 en una absurda realidad que encanta...
 Toda tu historia viene a mi conjuro
 y me descubre tu psicología,
 las causas de tu actual melancolía
 y de ese tu ademán leve, inseguro...
 Rival de Nueva Troya fuiste un día.
 Oribe hizo de ti puerto seguro
 y adueñóse de tu ánimo un oscuro
 pensamiento de megalomanía.

.....

Gozaste lustros de esplendor. Tuviste
 alegres horas, de bullicio llenas,
 de las que guardas un recuerdo apenas
 en tu alma deliciosamente triste...
 En las tardes de toros te vestiste
 como una maja de crechias morenas.

y claveles y rosas y azucenas
 en tu corpiño, bajo el sol luciste.
 Todo aquello pasó; però perdura
 en tu sonrisa un inefable encanto
 y se oye en tu silencio como el canto
 de aquella juventud, sangre y leucra.
 Todo habla en ti de la anterior ventura
 y hay en ti cierto orgullo, bajo un manto
 de vida filosófica y oseura.
 Tienes como un regazo en el pequeño
 refugio de tu plaza, maravilla
 de placidez, donde hace nido el sueño,
 y donde el alma a dialogar se entrega
 con las amables sombras del pasado
 que nos saludan tras el cortinado
 de una vetusta casa solariega...

Mas cruza tu quietud de parte a parte
 la ancha avenida que del centro llega
 y es como un río por donde navega
 el progreso que viene a perturbarte.
 Se prolonga por ella hasta tu seno
 la urbe febril, mercante y preocupada,
 que te atraviesa como una estocada
 y entra en ti con su afán y su veneno.

Te atropellan ruidosos sus tranvías
 y el relámpago de los automóviles
 que son como un insulto a los inmóviles
 semblantes de tus viejas atonías.
 Contrariado tu espíritu se interna
 y refugia en las calles apartadas
 que aún no han sido del todo profanadas
 por los signos de la vida moderna.
 Se asoma con frecuencia, sin embargo,
 a esa intrusa corriente de progreso
 en el rostro de algún vecino obeso
 que nos mira, tomando un mate amargo.
 También con una gracia de paloma
 en tardes de verano y primavera,
 en la belleza lánguida se asoma
 de las muchachas que andan por la acera.

Melancólica Unión, serena fuente
 en que mi corazón bebe el olvido
 y donde hasta la cósmica corriente
 del mundo se adormece en un latido.
 Aquí es el tiempo menos impaciente;
 aquí se hace rumor, música, el ruido,
 y hasta el viento que roza nuestra frente
 dijérase un sollozo contenido...

EL PASEO EN TRANVIA

El tranvía eléctrico tiene algo de nave
 con su vasto vientre y su impetuoso andar.
 Yo me embarco en uno y en la borda tomo
 asiento y me asomo
 a mirar afuera con el gesto grave
 de un lobo de mar...

Por la ventanilla arrojo hacia afuera
 mi espíritu ansioso, como un aparejo,
 para hacer mi diaria pesca de impresiones.
 Saludo a un amigo que va por la acera,
 y mientras me alejo,
 me hace con la mano recomendaciones

Más allá, ruidosos y audaces letreros
 me gritan su rudo reclamo al pasar.
 Los escaparates se asoman arteros

al paso confiado de una muchedumbre
 que todas las tardes siente la costumbre
 de en las calles céntricas echarse a vagar.

Y luego en las puertas y en los balconitos
 de las casas bajas, la contemplación
 de rostros bonitos
 con ojos que a veces en su transparencia
 tienen el misterio de una confidencia
 y el tierno abandono de una confesión...

Nos cuentan, sin duda, congojas calladas;
 secretos ensueños, ansias de volar,
 y a los que pasamos en rauda carrera
 parecen gritarnos con hondas miradas:
 "Hévame a tu vera!"
 Y al ver que seguimos, lloran sin llorar...

Un campanillazo cae desde la altura.
 Sube una elegante señora muy blanca
 y atraviesa el coche con desenvoltura,
 eludiendo el roce de groseros brazos.
 El guarda tirando de un cordel arranca
 nervioso del techo dos campanillazos.

Recojo mi pesca de impresiones varias
por todo el trayecto, y con el alma fresca
desciendo en llegando a mi habitual destino.
Vi las mismas cosas que en mis giras diarias,
pero cada día traigo nueva pesca,
pues siempre algo nuevo me dice el camino.

EL GUARDAHILOS

A lo largo del mástil vibrador del teléfono
sube el hombre con ágiles movimientos de acróbata,
y en su ascensión ansiosas le siguen nuestras miradas.
El viento ha enmarañado la alta red ululante
de los hilos por donde circulan las palabras
como invisibles gotas que arrastra la invisible
corriente eléctrica; y el hombre
va a reparar el daño,
a poner nuevamente
en circulación el verbo de la Ciudad,
detenido, enredado en esa enercujada
de alambre.
Sube! Sube, valiente obrero!
que llevas el tesoro de tu vida
a exponerlo en el riesgo de la útil ascensión.
Ten firmes las manos y los pies
en los hierros donde te apoyas,

y ten firme la cabeza sobre los hombros.
 ¡Que las alas del vértigo
 no te nublen los ojos, ni te rocen la frente!
 Cuando estés allá arriba
 no mires hacia abajo; mas — eso sí — contéplate
 más alto que las casas de los ricos, y siéntete
 un poco hermano de las aves; luego
 reata los metálicos hilos por donde viaja
 la voz humana; y cuando
 la invisible corriente reanude
 su milagrosa fuga por el cauce
 de acero, hasta tus manos
 acaso llegue el estremecimiento
 del alma que palpita en esa fuga.
 Y sentirás así bajo tu puño
 el vago corazón de la ciudad.
 ¡Cuántas angustias,
 cuántas alegrías, cuántos engaños,
 cuántas inquietudes, cuántas falsas promesas
 desfilarán en ese corto instante,
 como un collar de incoercibles cuentas,
 entre tus dedos, forjador oscuro
 de maravillas cotidianas
 y banales portentos!

Oh dios vulgar y humano
 que das vías de acero al pensamiento
 y cerniéndote un instante
 sobre nuestras cabezas
 y atrayendo como un enorme pájaro
 nuestra atención al acercarte a las nubes,
 abres con un golpe de llave
 las esclusas de la palabra,
 para que su corriente rumorosa
 se precipite de un extremo al otro
 de la ciudad: desciende
 a ser entre la nube de los hombres
 una modesta gota
 que por los albañales de la vida
 corre a perderse inadvertida
 en el mar...

EL CONVENTILLO

Es la protesta sordida contra el bello palacio
 que amontona riquezas en dilatado espacio
 para delectación de unos cuantos felices.
 Ese palacio tiene sus oscuras raíces
 en el antro agresivo que hacina la miseria
 en una obsesionante y escandalosa feria
 de suciedad, de harapos, de consunción, de horrible
 promiscuidad en donde la corriente invisible
 de las enfermedades circula en permanente
 asechanza tendiendo sus lazos a la gente
 que allí busca el abrigo de un techo y un solar
 donde poder echarse de noche a descansar.

Largo zaguán sombrío que anuncia una emboseada,
 al casillero de hombres da inconfundible entrada
 desembocando en un patio de Monipodio
 que es galeoto de amores e incubadora de odio.

Tiene de plaza pública en donde se congregan
 a cambiar dos palabras los que salen o llegan
 y en donde se reúnen a lavar y charlar
 —a disputar a gritos y también a cantar —
 las gárrulas vecinas que andan con sus chicuelos
 tal como las gallinas rodeadas de polluelos.

Tiene algo de cubierta de navío en el puerto,
 con la ropa tendida sobre el gran patio abierto
 en las cuerdas que cruzan de baranda a baranda,
 y con la cual el viento baila una zarabanda.
 En los días de sol saca la ropa afuera
 el conventillo y pintorescamente se embandera.
 Escaleras de hierro trazan su oblicuidad
 contra el fondo de un muro cubierto de humedad.
 En las piezas oscuras de pisos claudicantes
 y paredes mugrientas y techos inquietantes,
 viven amontonadas numerosas familias
 que allí duermen y comen, o lloran sus vigiliadas...
 ¡Y es esa la vivienda de los trabajadores
 que elevan la suntuosa casa de los señores!
 De allí todos los días salen para el taller
 hombres, mujeres, niños y hasta el anocheecer
 no vuelven. De allí sale, cuando aún es noche oscura
 a recorrer las calles la débil criatura

que vendiendo periódicos ya se gana la vida
y en plena infancia aprende toda ciencia prohibida...
Allí se ve al inválido que mendiga andariego
y a la costurerita de Evaristo Carriego.

Si el palacio es la cumbre, él es un negro abismo
que al pie de la montaña anuncia el cataclismo
y como un can monstruoso de hambre devoradora
está pronto a engullirla. Es llegada la hora
de impedir que la sombra de los palacios hunda
la habitación del pobre en la noche profunda...
¡Casa digna del hombre, por siempre redimido,
tengan todos los hombres, como las aves nido!

LOS BALDES DEL CIELO

Levanta al cielo la iglesia
sus dos brazos
para aprisionar el vuelo
de los astros.

Sobre su dorso la cúpula,
inmensa copa de mármol,
es quizás una ventosa
que el mismo Dios le ha aplicado...
De las cumbres de las torres
saltan de pronto vibrando
dos largas copas de bronce
que al volverse hacia lo alto,
sumergiéndose en las ondas
del ambiente diáfano,
se llenan de azul de cielo
para al descender, volcarlo

como un impalpable vino,
divino jugo de astros,
sobre la cabeza de
los que aquí en la tierra estamos.

Campanas, copas de un brindis
fantástico!

Baldes de bronce que penden
sobre el brocal recto y alto
de un pozo de donde extrae
con la fuerza de sus brazos
sonidos el campanero
para encima derramarlos
de la ciudad en un riego
tembloroso, entrecortado,
que se esparce por el aire,
resbala por los tejados
y salpica finalmente
nuestros cráneos...

Campanas, baldes de bronce!
Baldeando, baldeando
hoy estaba el campanero
la bóveda del espacio.

--No te afanes! Nó te afanes!
yo le grité desde abajo,
porque ya hace mucho tiempo,
campanero, que han quedado
vacíos para las almas
esos baldes con badajo.
El agua ya no refiencen
pues los han agujereado,
con sus lanzadas el sol,
el siglo con sus flechazos.

Cesa, cesa, campanero,
de baldear el espacio,
porque el agua de tus baldes
pone herrumbrosos los astros
y cuando cae a la tierra
a las plantas hace daño.

Deja, deja campanero,
las campanas boca abajo...

SEMBLANTE DE MI ALDEA

Tu rostro somnoliento, inexpresivo, atónito,
sin gestos que nos digan de tu vida interior
es como el rostro impávido de esas razas salvajes
que son casi insensibles al placer y al dolor.

Y cuando en Primavera brota el verde follaje
con que árboles esbeltos te resguardan del sol
diríase la barba que le ha brotado al rostro
dejándole en los ojos la misma inexpresión.

LA FIAMBRERA

(Semblanza humorística)

Montevideo está como encerrado
en una tupida red de alambres
que nos recuerda ese enrejado
con que se cubre a los fiambres...
Entre las líneas paralelas
de los telefónicos hilos
que cual bordonas de vihuelas
en lo alto zumban intranquilos,
y cuando el viento los azota
dan una voz que ruge y clama,
está a manera de una nota
dentro de su pentagrama.
Bajo esa red que el viento altera
y lanza al aire sus voces foscas,
nos movemos como moscas
dentro de una fiamblera...

EL ARROYO SE HA VUELTO LOCO

Hoy ha salido a pasear
el arroyo por el sendero
que le conduce hasta la mar,
y se pone a retozar
como un chiquillo el majadero.

Salpica de frescas gotas
las flores de la ribera
y le humedece las botas
de raso a la Primavera.

Recorre todo el camino
burlándose del paisaje
que remeda el muy ladino
copiándolo al esfumino
en su diminuto oleaje.

Se trepa sobre unas rocas
que le salen a la cruzada,
da unas volteretas locas;
rompe en una careajada
e improvisa una cascada
saltando sobre las rocas.

Escandaliza el contorno
con su voluble comentario
y utiliza como adorno
de su vestido estafalario
unos verdes camalotes
que ostenta como medallas,
y con los juncos da de azotes
a una garcita que usa mallas...

El arroyo está incorregible
con su espíritu retozón.
¡Hasta quiere "l'enfant terrible"
hacer del puente sumergible
una lanchita sin timón!

Lo tendremos que castigar.
De esa misión la mar se encarga:
¡Cómo la va a encontrar de amarga
cuando la quiera ir a besar!

MONTEVIDEO EN ESTIO...

Montevideo en el estío
es una fresca flor sensual
estremecida sobre el río
que la refleja en su cristal.

Montevideo es una fruta
que largamente lame el sol,
con lengüetazos de oro vivo
más que con gula, con amor.

Montevideo es una fruta,
fresco pezón que vierte miel,
para quien tiene buenos dientes,
dientes de plata con qué morder.

Tiene la luz de sus mujeres,
de sus playas la tentación,
y en sus rincones deliciosos
besos de sombra y miel de sol.

Mas no obstante la seductora
frescura de su color,
tiene gusanos esa fruta
escondidos en su interior...

LAS CHIMENEAS

Chimeneas,
¡con qué honda pavora
contemplé, de niño, vuestra faz oscura
surgir inquietante en las azoteas!...
Os creí fantasmas, y mejor, espías
que a los interiores
de todas las casas de lo alto atisbaban
adustos, humanos y escudriñadores...
¡Qué sacros terrores
en aquellos días
cuando os derrumbaban,
entre mil clamores,
del viento las rachas furiosas y frías!
Chimeneas:
vigilantes sombras de las azoteas;
negras atalayas; genios tutelares;
númenes terriblemente familiares;

inmóviles brujas, como brujas feas,
 que de los tejados y las azoteas
 arrojáis al aire vuestro horrible aliento,
 todavía siento
 yo no sé qué extraña sensación delante
 de esa vuestra oscura figura inquietante...

Y en cuanto a vosotras
 altas chimeneas,
 altas chimeneas rojas de la usina
 otras
 son las sensaciones y otras las ideas
 que ante la solemne majestad divina
 de vuestra silueta, me asaltan... Os miro
 y pienso y suspiro...
 Sois como la trompa
 de esos grandes monstruos de piedra y de hierro
 que devoran hombres, que en el fosco encierro
 de sus amplios vientres digieren la vida
 de una muchedumbre triste y dolorida.
 Y así el humo denso
 que sobre vosotras se queda suspenso
 en el infinito, a mí se me antoja
 hálito, sollozo que al azul arroja

el alma doliente que allí dentro cruje
 y unas veces gime y otras veces ruge!

Chimeneas de hogares pequeños,
 que, como un suspiro de sombra, a la altura
 el humo, alma oscura
 de los toscos leños,
 enviáis, benditas ¡mil veces benditas!
 En las infinitas
 circunvoluciones del humo que exhala
 vuestra boca negra,
 rápida resbala
 por el aire un ala
 del genio que integra
 la vida radiosa del hogar prendido:
 un ala es la llama que allá abajo vibra,
 otra ala es el humo que al azul se libra,
 y el fuego es el genio: pájaro en su nido.

Chimeneas de hogares pequeños,
 ángeles guardianes de modestos sueños,
 sobre las buhardillas
 y sobre las chozas,

sobre las sencillas
casas misteriosas
en que la amargura de los pobres reina,
vuestra cabellera el viento despeina,
mientras pensativas,
dignamente altivas,
soñando quién sabe con qué grandes cosas,
sobre los tugurios, sobre las buhardas,
mezcláis vuestro aliento
a las nubes pardas
que deshace el viento...

Chimeneas,
graves y abstraídas, sobre las mansardas,
sobre los tejados y las azoteas,
dais al viento el humo, como el hombre ideas...

EL ALMA DE LA CIUDAD

Sus múltiples almas en un alma sola
súmanse cual gotas de una misma ola
que se alza y se abate y ruge y suspira...
Es impresionable e infantil. Delira
o razona casi simultáneamente.
Agua de mil ríos nutre su corriente.
La enloquece de pronto una nube.
La estremece un ruido que del suelo sube.
Late de la vida en el ardiente abrazo.
La deslumbra y la ciega un chispazo...
Todo pasa, y ella
como el mar perdura aunque la ola se estrella,
permanece voluble, cambiante
como en las manos del viento
fugaz y violento,
la gasa del humo flotante.

Olvida esta mañana el ídolo de ayer
y nace a nueva vida en cada amanecer...
No es el alma de la humanidad.
Es solamente el alma de la ciudad...

En el campo los hombres aislados
en medio a la grave y misteriosa calma
de la naturaleza, mantienen su alma.
Es otro el espíritu que flota en los prados.
Es un suave espíritu que no tiraniza
ni deprime al hombre; que no lo esclaviza
como ese diabólico espíritu urbano
que es un gran tirano...
Allá en las praderas
los recuerdos viven como enredaderas
prendidas al alma de los individuos.
La vida es un claro licor sin residuos
que desliza lento por cada garganta
y aclara el acento de la voz que canta...
Aquí en la ciudad, quemante palestra
las almas de todos aplastan la nuestra.
Y esa alma de todos forma una siniestra,
sureada de rayos y de sacudidas
que arrastra con férreo puño nuestras vidas.

Palpita en las calles, en la plaza, en
las reuniones públicas, el tranvía, el tren...
Rumorea en los restaurantes,
en los cafés, grandes y chicos,
en las casas de los pobres y de los ricos,
en los talleres y en las usinas,
en los conventillos y en las oficinas...

Sale de las puertas y de las ventanas;
se condensa en el éter espiritual que inunda
de las almas recónditas la cueva más profunda.
Flota sobre las frentes; baja a la tierra; sube...
y se va con el viento como una nube
y otra nube viene a reemplazarla
apenas el viento consiguió alejarla.

Está hecha de todo lo efímero y fugaz,
pero es incontenible y fuerte como un gas.
Entra en los torbellinos de hombres y sale de ellos
arrojando a su paso tinieblas y destellos.
Penetra en el corazón de las reuniones;
asalta las alcobas y los salones;
irrumpe en los teatros y los cines;

las fábricas y los *magazines*;
 agita los mil brazos de los mitines;
 y sale debatiéndose como un ave de inmensas
 alas sobre las casas y los hombres suspensas;
 sacudiéndose como una gran alfombra al sol...
 derramando así el polvo de sus impresiones,
 de sus caprichos, de sus veleidades,
 de sus volubles ansiedades...

Ese polvo se cuele en los edificios
 y en las habitaciones, por los intersticios.
 Lo traen las alas de los cotidianos,
 de las revistas, de los libros; las bocas y las manos.
 Ese polvo de un día que en el aire circula
 sobre las almas incesantemente se acumula
 y las va sepultando bajo el peso de un manto
 tejido por la vida con los hilos del llanto
 y del placer, sobre el telar
 de las horas, eternas en su raudo volar.
 Ese manto a las almas, como el aire inconstantes,
 momifica en los gestos de su viva epopeya
 como las cenizas a los habitantes
 de Herculano y Pompeya.
 Por ese sutil polvo inmovilizados

nos hallarán los siglos venideros,
 en la tiniebla de hondos agujeros.
 Han de encontrarnos fijos en la movilidad
 perenne del polvo que en nubes sombrías
 de sus sandalias desprenden los días,
 sobre la quietud de ese sueño profundo,
 cuando en los umbrales de la eternidad
 las limpian del barro del mundo...

RADIO-TELEFONÍA

Anoche subí a la azotea.
A mis oídos llegaba un rumor
como de marea:
de lejos, el desgarrador
alarido que lanza un vapor,
y un jadeo de locomotora;
de cerca,
la vibración terca
del gong de los trenes, los autos afónicos;
arriba, el clamor de los hilos
telefónicos.
El cielo esplendía
como si la noche estuviese cubierta
por una obstinada floración del día
que desmenuzado en estrellas ardía
en la amplia e incierta
bóveda sombría...

Poco a poco se iban apagando
los ruidos, y mi alma
se iba plácidamente internando
en una región de silencio y de calma.
El viento callaba. La ciudad se hundía
en un silencio creciente
como una marea
que subía, subía, subía
y pasaba sobre la azotea,
sellaba mis labios, cubría mi frente
y me sumergía
en un mar inmóvil de sombra imponente.

Y en ese silencio encantado
yo sentía pasar por mi lado,
rozarme el espíritu, girar en la altura
impalpables las alas vibrantes
del verbo en el éter disuelto
como un invisible pájaro suelto
que llegara de selvas distantes.

—Si tuviese—pensaba—una antena,
yo cazaría en la noche serena
el verbo viajero, y ese prisionero

seguiría volando lo mismo,
hacia los cuatro puntos cardinales,
por sobre la tierra, por sobre el abismo,
cazado en el mismo momento
por muchas antenas iguales
que no lograrían quitárselo al viento...

Me siento infinitamente circundado,
como por una misteriosa nube,
por el espíritu del hombre, que sube
vulgarmente osado
a poner en la naturaleza
en lugar de la ausente palabra de Dios,
fundida en el éter que el mundo atraviesa,
la sombra inmanente y actual de su voz.

LAS PLAYAS

I

Montevideo tiene un aire de pereza.
Tendida sobre el río, sobre colinas gayas,
aburrida bosteza
hacia el espacio, por sus cinco playas.

¡Oh, las graciosas playas de Montevideo!
Abren sus blancos brazos, como con el desco
de estrechar todo el río en sus arenas,
y el río les regala el cabrilleo
de sus aguas serenas.

Ramírez y Pocitos, y Carrasco y Malvín
y Capurro, hospitales que curan el esplín.
En ellas tiende el Río de la Plata

sus sábanas de espuma para la conjunción
de sus aguas azules con la arena de plata
en que lento se acuesta el río, como un león.

Con esas cinco playas, que son bocas divinas,
sonríe en el estío a las auras marinas
que la perfuman al pasar,
dejando en esas bocas un ósculo del mar.

Montevideo tiene un aire de pereza...
Al descender los días estivales
sobre sus costumbres casi coloniales,
es como una criolla, joven, pero algo obesa,
que al sol se despereza
con movimientos lentos y sensuales.

Sus pupilas se encienden de un fulgor repentino,
sus labios reflorecen con dulzor de pitanga,
y su garganta arroja al aire cristalino,
como una piedra, el grito de su risa guaranga.

Hacia las cinco playas vuela el aburrimiento
de la ciudad, en automóviles y tranvías,
y allí lo contemplamos, en aquel somnoliento
desfile por las ramblas, igual todos los días.

II

¡Playas armoniosas! En su blanco seno
yo sorbo de bruces, junto al mar sereno,
con labios voraces,
la savia esencial de la vida,
que hierve en las ondas y flota en el viento.
En ellas mis ojos audaces
gustaron visiones de carnal belleza
que me depararon un deslumbramiento,
y también un poco de vaga tristeza
para deshojarla como flor al viento...

Yo adoro esas playas, y en ellas adoro
a las mil ondinas de cabellos de oro
o de bronceados o negros cabellos,
que muestran sus cuerpos flexibles y bellos
ante el mar sonoro.
Yo adoro

los muslos pulidos, los brazos, los cuellos
de mujer desnudos, en la arena llena
de chispazos de oro.

¡Playas! las sirenas
cantan a los ojos sobre las arenas
que el día resealda,
ofreciendo al aire los senos, la espalda,
las carnes morenas
que el sol les madura con su beso gualda.

Playas deliciosas que adoro y envidio;
sobre vuestro seno aventan su fastidio
voluptuosamente divinas ondinas;

¡oh, playas divinas!

Yo envidio las ondas que abrazan y tumban
los cuerpos de diosa, tal como en un lecho;
con mil dientes blancos les muerden el pecho,
y, al fin, jadeando, a sus pies se derrumban...

¡Playas, playas, playas! bocas sonrientes.

¡Playas, playas, playas! brazos en que veo
mecerse confiadas mil formas vivientes
que admiro o desco.

¡Playas, playas, playas de Montevideo...!

LA QUINTA EN LA CIUDAD

Liso y alto muro la encierra celoso;
pero alzo la vista y al borde la veo
del muro empinada, con gesto gracioso
y ágil balanceo.

Es la gaya quinta, frescura y belleza,
que asoma curiosa con ojos reidores
a mirar el mundo, y sobre mi cabeza
parece volcarse con todas sus flores.

Es como si fuese curiosa pupila
de un convento, ansiosa de echarse a volar
por sobre las tapias, y espera intranquila
el feliz momento en que las va a escalar.

Por sobre la blanca cintura del muro
 se ve de los pinos cimbrar la cimera
 cónica y aguda, de un verdor obscuro;
 y como si fuera
 la pierna rosada, nerviosa y ligera
 de la colegiala
 que ya el muro escala
 pronta a dar el salto que la arroje afuera,
 pende sobre el muro
 rosada de flores una enredadera.

El sol las paredes trepa ágil y elástico
 todas las mañanas, como un salteador;
 cae sobre los árboles con salto gimnástico
 y hace de la quinta su presa mejor.

La recorre toda con besos sensuales;
 la envuelve en caricias y en canora charla;
 le enciende la sangre de los vegetales
 y al fin la posee para fecundarla...

El portón de hierros es como una boca
 de aromado aliento, que atrae y que llama.
 Por ella, la quinta, incorregible y loca,
 a los transeuntes provoca y reclama.

La vemos hacernos extrañas señales
 con flexibles gajos de mirto y jazmín
 y grandes saludos con los fantasmales
 álamos que en fila guardan el jardín.

Escupe hacia el aire la clara corriente
 que brota de un vaso de labrada piedra,
 y alza en un revuelo, con gesto indecente,
 sus sayas tejidas de colgante yedra.

Con su variopinta túnica de flores
 es para el que pasa sueño y tentación.
 A la calle arroja sus cantos y flores
 por sobre el cercado de su paredón.

Yo veo en el alma de esa gran locuela
un impulso humano de fraternidad:
a esa su clausura hostil, se rebela
ansiando expandirse sobre la ciudad.

O dejar al menos que la ciudad entre
a gozar en ella de vida y salud
y bajo sus viejas acacias encuentre
bálsamo de flores para su inquietud.

¡Ven quinta risueña que egoístas guardan
las altas paredes de ladrillo y cal;
ven hacia los hombres, que inquietos aguardan
tus besos de aroma sutil y vital.

Sal en un revuelto tropel de colores,
de hojas y de alas por ese portón,
y échate a la calle con plantas y flores
como en una fuga de liberación!

Traspón esos muros; haz tuya la calle;
derrámate en medio de la urbe sensata,
y prende las flores que adornan tu talle
de las obreritas en la humilde bata.

¡Hazte para todos; da a todos tu abrazo!
Que los hombres entren a besar tus senos,
que los niños salten en tu hondo regazo,
¡y serán los hombres más niños, y acaso
los niños más buenos!

EL PATIO

El patio está en el centro de la casa
 como un lago de lisas aguas muertas.
 Todo el cielo sobre él se asoma y pasa
 con las alas abiertas
 en un pausado y silencioso vuelo,
 arrastrando su densa cola oscura
 constelada de mil piedras ardientes
 donde la misma eternidad fulgura.

Durante el día, el sol cae y se estrella
 en sus losas de mármol, y allá arriba
 donde el viento las nubes atropella
 y hacia el confín lejano las derriba,
 tiende su toldo azul el firmamento.
 El patio visitado por el viento
 en el vibrar de los cristales vive

y de las hojas de la antigua parra
 en el aleteante movimiento
 con que tiemblan arriba.
 El patio suena como una guitarra
 colosal y recibe
 el ancho beso de la boca viva
 de la naturaleza, en el gran soplo
 del viento que lo invade. De un aljibe
 el brocal en su centro se levanta
 vestido de lucientes azulejos,
 apretado puñado de reflejos.
 De allí callado brota
 el húmedo alentar de la remota
 agua por la azotea recogida,
 y ese suspiro en el ambiente flota
 poniendo una frescura estremecida...

Algunas jaulas de alambres dorados
 a los muros adhieren un gorjeo
 y un vibrante aleteo
 de pájaros borrachos
 de matinal fulgor.
 El patio es un espectador
 de la casa. En el centro

mira impasible lo que ocurre dentro
de las estancias, en cuyo interior
la vida de la estirpe rumorosa:
la madre que abre de mañana
los postigos al sol; la risa ufana
del niño que aletea
con sus bracitos en el lecho;
el padre que se marcha a su trabajo;
la enfermedad que sale de su accecho
y hierre con su tajo
traidor el corazón de esa ventura
familiar; una fiesta
agradable y modesta
de la familia; un casamiento;
un bautizo; un momento
de algazara y olvido;
un dolor que se cierne sobre el nido
como una nube demasiado baja;
una fúnebre caja
y unos cirios ardientes;
la casa llena de parientes
y amigos; un cortejo
silencioso que el patio atraviesa...
Y el patio, como un viejo
a quien la muerte ni la vida interesa...

El nuevo día lo hallará canoro
con sus plantas y jaulas, bajo el oro
del sol, y resonante por el viento
que en él metido como un ave loca,
lo hace crujir, igual que a un bastimento,
y cantar a manera de una boca...

VILLA DOLORES

Lección de zoología,
capítulo de historia natural
que la infancia recorre con gritos de alegría
viendo un poco del hombre en cada animal.

Cada jaula es un párrafo
de ese capítulo con ilustraciones
vivas y coloreadas.
Allí muestra sus varias expresiones
el semblante de la naturaleza
en múltiples figuras agitadas
donde la misma humanidad empieza.

Allí el inquieto mono
nos mira con encono.

El es nuestra parodia.
Nos imita y nos odia.
Hamaca de sí mismo,
de la cola se prende,
salta sobre el abismo
o es un péndulo, y pende.

Allí el águila estrella
su vuelo audaz contra los hierros
y los arpones de sus garras mella
en rudas rocas de escenografía.
Allí los lobos, mansos como perros,
porque bien comen, duermen todo el día.

Allí se extiende el tigre
como una alfombra de salón;
y va de un lado al otro la pantera
en una permanente agitación;
y el oso es una piel lujosa y cara
amontonada en un rincón.

Un templo asiático imponente
es el pacífico elefante,
y es una cordillera andante
el camello paciente.

El rinoceronte es un acorazado
con superpuertas chapas de metal,
y el pingüino es un abogado
con su túnica doctoral.

Nos apartamos de la hiena
con invencible repulsión
y admiramos con su melena
lírica y bárbara al león.

Al volvernos a la ciudad
vemos los astros relucir
poniendo su curiosidad
sobre nuestro ir y venir.

LA MUCAMA Y EL SOL

En esta casa baja de techo de azotea
con un zaguán muy anejo y patios espaciosos
para todo servicio se conchavó Ramona
la linda mucamita de tentadores ojos.

De mañana temprano cuando el chorro de trinos
de los canarios salta brotando de las jaulas,
desciende de su altillo y en la pileta pone
las espléndidas rosas de su rostro en el agua.

Luego empuña la escoba, pincel monstruoso y chato
con el que pinta el suelo de brillante limpieza,
y al lechero que arriba con su ruido de tarros,
y es joven y buen mozo, corre a abrirle la puerta.

El tibio sol que enflora los cristales del patio
y baja deslizándose lento por las paredes,
al abrirse la casa por el zaguán se cuele,
como un largo cuchillo que en la vaina se mete.

Una sonrisa impregna de luz la boca fresca
y subraya de día los ojos de Ramona,
que por oír los dulces piropos del lechero
en un rincón olvida la abandonada escoba.

Los canarios redoblan sus cristalinos trinos,
y en el borde del patio al entrar cauteloso,
el sol da su escobazo de plata sobre el suelo
levantando una nube luminosa de polvo.

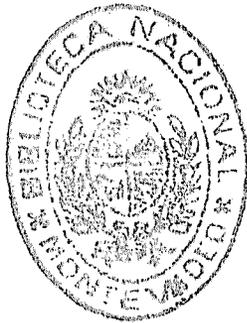
EL BARCO EMIGRANTE

Estaba tendido en la arena
mirando la inquieta majada del mar.
Soñaba, soñaba... La vida era buena,
y la luminosa mañana serena
ponía en el aire su túnica de oro a secar.

El paisaje se alzaba a un costado.
Sobre la colina que se entra en las ondas,
casas de colores entre el apretado
abrazo de ramas de un verde lavado
eran tropicales pájaros luciendo
su ardiente plumaje imprevisto en las frondas.

Del lado del puerto, que apenas veía,
comenzó a adentrarse en la extensión azul
un barco, dejando tras sí la bahía
mientras se estiraba en la gloria del día
el humo a manera de un tul.

El barco emigrante adelantaba apenas...
 Algo le impedía las olas cortar.
 Y es que de la costa invisibles cadenas,
 hechas de recuerdos, de amores, de penas
 tiraban del buque trabando su paso en el mar.



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA	5
Prólogo	7
Definición	11
El domingo	12
Viaje por la ciudad	16
La hora del amor.	31
El mercado.	33
El Plata.	40
Villa Muñoz	45
El monumento.	49
La Plaza Constitución	50
El Cementerio Central	52
El Buceo	54
« El barrio infame »	56
Música en la Plaza	65
El Tranvía del Norte	68

	<u>Págs.</u>
Paso del Molino	72
El baño	78
Sugestiones de la calle	80
La villa de la Unión.	84
El paseo en tranvía	88
El guardahilos.	91
El conventillo.	94
Los baldes del cielo	97
Semblante de mi aldea	100
La fiamblera	101
El arroyo se ha vuelto loco.	102
Montevideo en estío.	105
Las chimeneas.	107
El alma de la ciudad	111
Radiotelefonía.	116
Las playas.	119
La quinta en la ciudad	123
El patio.	128
Villa Dolores	132
La mucama y el sol.	135
El barco emigrante.	137